

Hacia el final de la época colonial se efectúan algunos intentos de avanzar en un uso más racional de los recursos naturales y humanos. En 1795 se crea el Consulado de Buenos Aires, destinado a fomentar el comercio, la agricultura y la industria, similar a las *sociédades económicas* que existían en la Península. Su secretario, un economista de lujo: Manuel Belgrano. Pero Belgrano se pasaría el resto de su vida gritando en el vacío, presentando proyecto tras proyecto para sembrar trigo y lino y cañamo y plantar árboles y premiar innovaciones tecnológicas y crear institutos de enseñanza técnica, y tantas propuestas que constituían en realidad un plan de desarrollo completo.

Belgrano cuenta en su autobiografía que para los funcionarios coloniales “no había más razón, ni más justicia, ni más utilidad, ni más necesidad que su interés mercantil; cualquier cosa que chocase con él, encontraba un veto, sin que hubiese recurso para atajarlo.”¹⁷⁴

Veamos las principales propuestas de Belgrano sobre crecimiento económico, utilización y preservación de los recursos naturales. Muy pocas de ellas fueron llevadas a la práctica durante el régimen colonial o durante las primeras décadas de vida independiente. La mayor parte (especialmente las referidas al cultivo de la tierra en la región pampeana) fueron implementadas, un siglo después, por la llamada Generación del 80. Otras, como la creación de una marina mercante nacional, debieron esperar al fin de la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, algunas de las recomendaciones de Manuel Belgrano —como las referidas a la rotación de cultivos o a la protección de bosques— todavía están esperando su implementación. En su memoria de 1796, Belgrano explica que “todo depende y resulta del cultivo de las tierras; sin él no hay materias primeras para las artes; por consiguiente, la industria no tiene cómo ejercitarse, no puede proporcionar materias para que el comercio las ejecute. Toda prosperidad que no esté fundada en la agricultura es incierta.”¹⁷⁵

Para fomentar la agricultura, recomendaba establecer una escuela de agronomía, “donde a los jóvenes se les hiciese conocer los principios generales de la vegetación y desenvolvitura de las siembras,

cambiar al menos la variedad de trigo que se siembra, porque sus requerimientos en materia de nutrientes nunca serán idénticos a los de la variedad que se sembró antes. “Igualmente —dice— se consiguen buenas cosechas sembrando siempre granos diferentes de los que se hayan recogido, es decir, si este año siembro trigo del país, el que viene sembraré de Córdoba.”

Del mismo modo, sugiere cercar las tierras con árboles, para aprovechar sus maderas y frutos, e insiste en “hacer los mayores esfuerzos en poblar la tierra de árboles, mucho más en las tierras llanas, que son propensas a la sequedad, cuando no estaban defendidas; la siembra de los árboles contribuye mucho para conservar la humedad, los troncos quebrantan los aires fuertes, y proporcionan mil ventajas al hombre”.

Para difundir la agricultura recomendaba repartir tierras y herramientas entre los alumnos de la futura escuela de agronomía, en condiciones de subsidio. En realidad, esto no era nuevo sino que la idea estaba en el ambiente; en 1795 el síndico del Cabildo había recomendado regalar tierras a los pobres para estimular el progreso de la agricultura. Al año siguiente, Félix de Azara pedía exactamente lo mismo en una memoria al virrey.¹⁷⁶ Por supuesto que no les hicieron el menor caso. La tierra era, desde épocas muy tempranas, el bien de especulación por excelencia, y a ningún funcionario colonial se le iba a ocurrir repartirla entre los pobres. Tampoco se les ocurriría a los gobiernos patrios hasta fines del siglo XIX.

Así como hubo estancieros que combinaron provechosamente la actividad ganadera con la cesión gratuita de pequeños campos a sus peones, otros terratenientes se opusieron cerradamente a que se repartieran tierras entre los pobres. Uno de los argumentos que usaron fue que, si se entregaban tierras, iba a escasear la mano de obra y los jornales subirían demasiado. Un artículo publicado en 1804 decía que “creciendo a cada paso los cultivadores propietarios vemos desaparecer con una rapidez increíble las manos mercenarias que deben emplearse en su socorro, y [vemos también] alzarse los jornales en la misma proporción que decrece el número de los que, no teniendo otra propiedad alguna que el trabajo de sus brazos, se hallan precisados a venderlo”.¹⁷⁷ Esta concepción de que es necesario mantener sumergida

a una proporción importante de la sociedad, concentrada la propiedad territorial y subutilizados los recursos naturales constituirá el esquema de pensamiento de un importante sector social a lo largo de los siglos XIX y XX.

También Belgrano propuso un sistema de extensión agraria basado en los cultivos demostrativos, para que los productores pudieran apreciar directamente las ventajas de los métodos y cultivos propuestos. Al ser la Iglesia la única institución que llegaba a todos los puntos del país, Belgrano sugirió que los extensionistas fuesen los mismos curas de parroquia, quienes harían los cultivos y enseñarían a sus feligreses algún nuevo método de labranza que adoptasen. Agregaba que "no se crea que es ajeno al ministerio eclesiástico el instruir y el comunicar luces sobre el cultivo de las tierras, artes, comercio, etc., pues el mejor medio de socorrer la mendicidad y la miseria es prevenirla y atenderla en su origen". Recordemos que sólo con la agricultura sólidamente instalada en la región pampeana comenzaron a aplicarse estos principios, a fines del siglo XIX, y que el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) recién se fundó en 1958, es decir, a 160 años de esta propuesta de Belgrano y que aún hoy su cobertura no alcanza a todo el país, ni la extensión agraria basada en cultivos demostrativos ha tenido aún la difusión propuesta por Belgrano.

No necesitamos decir que la escuela de agronomía no se fundó, y que lo mismo pasó con la escuela de arquitectura y la compañía de seguros, también propuestas por Belgrano desde el Consulado.

Con la escuela de náutica pasó una cosa más complicada. Belgrano consiguió que comenzara a funcionar por iniciativa local, sin autorización española. Cuando la Corona se enteró, la mandó cerrar, diciendo "que estos establecimientos podrían ser de utilidad en una provincia que tuviese mayor instrucción que la de Buenos Aires", pero que aquí "más bien servirían para adorno y lujo y no para su ilustración". Más adelante agregaban que "si en Buenos Aires sobraba el dinero, lo mandasen a España en vez de dedicarlo a gastos semejantes".¹⁷⁸ Por su parte, Belgrano señala que "la aprobación de la Corte nunca se obtuvo, y no [se] paró hasta destruirla".¹⁷⁹

Cuando Belgrano propuso un sistema de aguas corrientes para la ciudad (que era la forma más segura de prevenir las epidemias), la burocracia lo bloqueó anteponiéndole otros proyectos alternativos.

Usaron la misma estrategia para impedir la construcción de instalaciones en el puerto de Buenos Aires. El Consulado había hecho los planos para construir un enorme muelle sobre el río de la Plata, un murollón de 720 metros de largo. Llegaron a construir apenas 70 metros cuando la Corona española envió a un ingeniero hidráulico que se encargó de bloquear la obra proponiendo otra mejor, pero mucho más costosa. Este ingeniero quería "un canal, cuya excavación dirigida en línea recta, tenga su principio en un recodo del Riachuelo, cerca de Barracas"; es decir, en la actual Vuelta de Rocha. El canal debía terminar delante del Fuerte (hoy Casa de Gobierno). Para dar una idea de lo desmesurado del proyecto, diremos que ni siquiera se había conseguido hacer un camino medianamente aceptable que uniera Barracas con la Plaza Mayor. Mucho menos, entonces, un canal navegable, que por otra parte no había con qué pagar.¹⁸⁰

En 1802 Belgrano propuso establecer una curtiembre en Buenos Aires. Se preocupó por evitar la tala de los árboles necesarios para obtener el tanino. Como las operaciones de curtiembre utilizan cal, propuso ofrecer premios a quien descubriera nuevas caleras. El progreso de esta industria necesitaba buenos químicos, de modo que intentó fundar un instituto experimental de química. Pero como en el país del cuero no había nadie que supiera curtirlo, el Consulado pidió a España el envío de maestros curtidores para enseñar a los futuros obreros. "Pero la Corona no se expidió al respecto, ni permitió el envío de aprendices a España."¹⁸¹

A pesar de tantos obstáculos, Belgrano se las arregló para promover el cultivo del lino. En 1802 envía una cantidad a España para que conocieran su calidad y lo usaran como materia prima en la industria textil de la metrópoli. No le contestaron nunca. Ni siquiera un acuse de recibo. El mismo silencio de siempre.